
El día robado

—¿**Q**ué día es hoy, Pepa?

—Es lunes, Juan Sebastián.

—¿No es domingo?

—No, es lunes.

—¿Estás segura?

—Siete veces te lo dije ya.

Elcano mira abstraído el agua del Guadalquivir mientras descansa en los brazos de la Pepa. Se merece el descanso: acaba de dar la vuelta al mundo.

Nadie lo había hecho antes. Tres años navegados, catorce mil leguas, todos los mares con sus tormentas, todos los fuegos: de San Telmo, San Nicolás y Santa Catalina, todos los demonios al acecho de las quillas, y, para

mayor fajina, siempre escapando de los portugueses, que querían echarles el guante nada más que para colgarlos del pescuezo en el palo mayor.

De los cinco barcos y los doscientos setenta tripulantes que componían la expedición solamente el *Victoria* ha vuelto a España, con un puñado de infelices a bordo. Dieciocho infelices en total: diecisiete marineros y él, Elcano. Habían partido de Sanlúcar gordos y con salud, limpios de alma por confesión, con todo el pelo en la cabeza, con todos los dientes, o casi, y han vuelto doblados de culpas, sucios de costras, sin carne, tan consumidos y estropeados que, en tres años, parecen haber envejecido veinte.

Durante ese viaje increíble comió galleta húmeda de meos de rata y hasta el cuero de las jarcias remojado. Vio morir al Capitán General y a todos los demás. Muertos de flecha, de mala mar, de traición, de frío, de enfermedad en la tripa, de hambre, comidos... Otros jefes resultaron inútiles o desertaron. Nunca imaginó que le tocaría a él, un hombre al que sacaron de la cárcel para subirlo a bordo, sin más rango que el de contramaestre, comandar el único barco que completaría la hazaña. Porque cuando eso ocurrió, cuando le tocó comandar, no tuvo otra idea más tibia que la de seguir adelante. Por algo es vasco.

—Pepa, ¿de veras es lunes y no domingo? ¿No estarás loca como la Reina?

—Lunes y lunes, hombre terco, cabeza de piedra.

Es que ocurre algo raro. A Elcano no le cierran los números.

Cada día de aquel viaje se anotó. Cada día, sin faltar uno, se hizo una muesca con una cuchilla sobre una plancha de madera. El cronista italiano —aunque joven, fidelísimo— no dejó un solo hueco en su diario, ninguna fecha se saltó del calendario. Tampoco se distrajo el piloto, Álvaro, que llevó escrupulosamente el registro de bitácora.

Pero ahora cuentan y vuelven a contar y descubren que el *Victoria* entró a Sevilla con un día de menos. En la tierra es lunes y a bordo es domingo. Un auténtico misterio. Nunca antes había ocurrido algo así, que se recuerde.

Elcano piensa dónde pudo haber perdido ese día. O mejor dicho, cuándo.

Muchas cosas habían quedado por el camino en ese viaje. El barco había llegado tan destartado al puerto, tan parecido a un colador, que bien podía ser que se le hubiera caído un día por alguno de los agujeros y ahora anduviera flotando por ahí, en el único mar, inmenso, o estuviera en la boca de un pez o de un pájaro marino. Que se hubiera ido, simplemente, así, sin más, o que lo hubieran olvidado en tierra, o cambiado sin darse cuenta por un saco de arroz. Se acuerda de que un viernes santo comieron carne. ¿Sería éste el castigo? Aunque viendo como están ahora las cosas, tal vez era sábado, no viernes. Pudo haber

ocurrido incluso que en una empresa tan ambiciosa, donde se habían perdido tantas vidas, salud, horas de sueño y dinero, también al tiempo se le hubiera perdido una rodaja. ¿O es obra de la magia, que evapora las cosas?

—No es magia, Juan Sebastián —la Pepa le acaricia los piojos.

66 La Pepa es sabia. En un rato le hizo recuperar la memoria de gustos que tenía olvidados. Por lo visto también es más sabia que los cosmógrafos, porque dice:

—La tierra no sólo es redonda, como ya habrás notado, sino que además da vueltas. Gira sobre sí misma de oeste a este como una peonza, sin parar nunca, porque nada ni nadie la detiene, y en ese trabajo tarda tantas horas como casi veinticuatro.

—¿No es el sol el que gira?

—El sol también, pero eso no debería importarte ahora.

—¿Es así, Pepa?

—Es así. Verás: quien acompaña a la tierra en su marcha hacia el Levante y la envuelve en su completa redondez, esto es unas siete mil doscientas leguas por lo más ancho...

—Me confundo.

—... quien acompaña a la tierra en su marcha hacia el Levante, como te decía, puede arrebatarse a la eternidad un día entero y se lo queda para él. Pero quien hace la contraria y avanza hacia el Poniente, lo pierde. Es tu caso, Juan Sebastián: perdiste un día por haber emprendido el viaje a contrapelo del

giro de la tierra. Pero bueno, así hacen los hombres las cosas.

—¿Y por qué nadie me dijo eso antes?

—No lo saben. Ya se enterarán.

Él no está tan convencido. No entiende las explicaciones de la Pepa. ¿De dónde saca ella esas cosas? Si no las está inventando, será que alguien se las contó. Alguien del mundo oscuro le entregó saberes que los buenos cristianos desconocen. Así son las mujeres de peligrosas, mejor no preguntarles nada. Elcano duda y cree al mismo tiempo. Se persigna. Lo que dice la Pepa se le antoja parecido al poder secreto que orienta a la piedra imán.

67

Mientras tanto, no puede evitar la idea desgraciada de que le escamotearon un pedazo de vida. No muy grande, pero que era suyo, al fin de cuentas, y le correspondía sólo por haber nacido. Todos allí en Sevilla tuvieron un día más que él, y bien que lo habrán gozado mientras él remaba.

Elcano no se resigna. Piensa que el mundo le debe algo.